



OFICIO DEL VOLANTIN

por Sebastián Navarrete Michelini

El presente artículo se establece como un ejercicio de poner en valor los oficios artesanales, aplicando el estudio de caso del Volantín Chileno, objeto lúdico, elemento enraizado en la memoria colectiva de nuestras tradiciones y que desde inicios del año 2000 a la fecha ha ido perdiendo fuerza por diversos factores que se expondrán en este documento.

Se desarrolla como un juego (en su enseñanza familiar), y en un ámbito de competencia, como un juego tradicional. Para ambas situaciones el acto de elevarlo se denomina volantismo.

Su diseño se asocia al rubro de la artesanía, pero implica una serie de conocimientos, que trascienden la aparente técnica del diseño y en muchas vías se establece con el material, la medida y su uso. Es decir, puede ser llevado a una dimensión científica.

Todo oficio artesano se asocia a un conocimiento, que para que perdure de una generación a otra, debe existir un maestro y aprendiz de dicho conocimiento, y el cual, quien lo "sabe" debe elegir transferirlo, y por tanto dichos oficios artesanos traspasan su conocimiento empírico de manera libre a quien seguirá su oficio, y de no ser así dicho conocimiento desaparece.

He aquí el valor de este Saber Hacer, y como, en el caso del volantín (forma-diseño), del volantinero (oficio desde el hacer), y del contexto (factor cultural y social), en conjunto forman un valor integral que le puede permitir llegar a ser un PCI.

Historia y origen

El acto de poder construir un objeto que logre volar, que se eleve y logre ser controlado y maniobrado, ha sido una búsqueda desde los albores de la ciencia y la técnica en las diversas culturas humanas.

Durante el período colonial, los volantines hicieron su primera aparición, específicamente, a mediados del siglo XVII, apropiándose rápidamente de la escena cultural del país. Su historia esta enraizada a un ejercicio familiar y de competencia desde esta época.

Asimismo, la tradición del oficio del volantinero y la valoración de su creación, se plasman como una expresión cultural y como un elemento indiscutible del patrimonio.

Durante las décadas de 1950 a 1990 el volantín se transforma en un elemento que comienza a ser reconocido en su oficio y diseño, siendo motivo de exposición en diversas y prestigiosas ferias de artesanía, siendo foco del diseño gráfico en distintas revistas de orden cultural, discos y arpilleras, como las de Violeta Parra, pinturas, donde destacan el trabajo de Nemesio Antúnez. Este último trabajó con un volantinero clave en la historia de este oficio, Guillermo Prado Catalán.

Antúnez invita a este artesano a exponer al Museo Nacional de Bellas Artes, lo que marcara el hito más alto en el reconocimiento cultural de este oficio en sus registros históricos.

Desde la década del 2000 en adelante, los cambios en las condiciones de vida de la población, la generación de edificios en altura, sumado a una mayor densificación de



Mesa de trabajo con materiales, © Amo Santiago.

la ciudad, y una reducción abrupta de grandes áreas libres, hizo que los lugares de encumbramiento fueran drásticamente desplazados fuera de las áreas urbanas. Ello provocó una dificultad en poder sostener este oficio como forma de vida, hecho que gatilló que muchos maestros volantineros no tuvieran continuidad en su artesanado, y por tanto quienes eran portadores de este saber hacer, han ido prácticamente desapareciendo hasta hoy en día.



Guillermo Prado con volantines de técnica de calado © bilobicles bag

Diseño, la continuidad del conocimiento y transversalidad generacional

Dentro de los personajes claves en el oficio, tanto en diseño, creación y encumbramiento de los volantines está el artesano Guillermo Prado Catalán (1910-2003), reconocido como el volantinero más destacado en la historia del país.

Fabricó volantines, a través de la técnica del calado, desde los siete años con su familia para venderlos en septiembre, por lo que comenzó su afición al diseño y prueba de estos objetos aéreos desde muy niño. Estudió aeronáutica de forma autodidacta, comprando libros de aerodinámica en ruso (no se tiene claridad de quien le ayudo a traducirlos) y se instruyó con las cometas de China.

Funda en 1938 el Club de Aeromodelos de Chile. A fines de 1943, en una venta de volantines en la calle, un oficial de la fuerza aérea, al ver los diseños de volantines detecta aspectos de mucho valor en su aerodinámica, por lo que lo invita a dar una clase en los criterios de diseño de estos. En 1944 ingresa a la fuerza aérea como profesor de aeromodelismo, y desde 1950 ejerce como profesor civil de diseño aeronáutico en la Fuerza Aérea de Chile durante los siguientes diez años.

Durante la década de 1947, en el taller de su casa en la comuna de Quinta Normal en la ciudad de Santiago, inventó un disco volador que logró sobrevolar Los Cerrillos. Los planos de este objeto, suscitaban el interés de oficiales de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos durante la exposición de estos en un evento de aeromodelismo, los cuales no quiso vender porque pensó que podían ser usados con fines bélicos.

Inventó en la década de 1960 el carrete para manejar el hilo de las cometas, el cual fue distribuido internacionalmente; así como una libélula artificial.

Fue contactado en la década de 1960 por el presidente de Chile Eduardo Frei Montalva para adquirir sus diseños y regalarlos a niños en Navidad. Fue invitado en 1973 a exponerlos en el Museo Nacional de Bellas Artes «como reconocimiento a la maestría plástica y funcional de sus creaciones», y luego, anualmente en la Muestra de Artesanía UC, hasta 2002 debido a su fallecimiento en 2003, donde siguió siendo representado por su nieto.

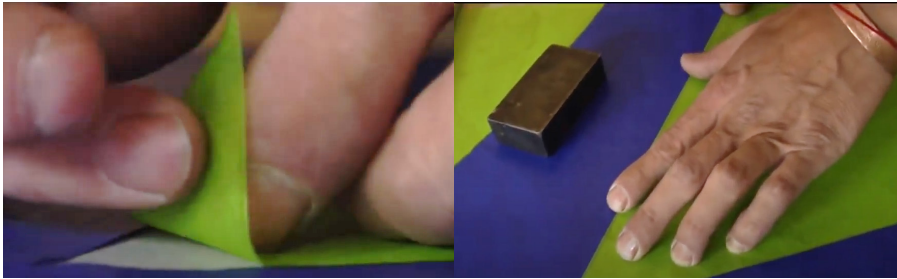
Inspiró y a su vez trabajó con el pintor y entonces director del Museo Nacional de Bellas Artes, Nemesio Antúnez, durante las décadas de 1980 y 1990.

Su trabajo no fue seguido por su hijo, pero sí por su nieto, Boris Prado, artesano volantinero que ha seguido el oficio, estudiando, aplicando y experimentando las enseñanzas de Guillermo. He aquí un traspaso de conocimiento intergeneracional, y por tanto la importancia de que el portador de un conocimiento, un saber hacer, encuentre un testigo para su continuidad. "Sólo tenía cuatro años cuando al compás de las manos de su abuelo los sentidos de Boris Prado fueron despertando a la que hoy es una pasión entre papeles y varillas de bambú. Un oficio muy tradicional que recibió como herencia inmaterial de un valor incalculable, ser volantinero chileno.



Selección del papel

Preparación del papel para calado



Ubicación del papel

Encolado del papel



Posicionamiento y encolado de madero central

Boris Prado con volantín terminado

Fotogramas, secuencia de armado de confección de un volantín, bajo técnica de calado.
 Extraído del documental "Occupy the imagination: Historias de resistencia y seducción" (2013). Rodrigo Dorfman

Saber Hacer

De acuerdo con lo expuesto por Guillermo Prado Catalán y su Nieto Boris Prado, la confección del volantín tradicional chileno se establece en formato cuadrado, bordeando dimensiones de 490 por 490 milímetros. En este formato se estudia como primera medida el diseño cromático y composición geométrica del lienzo que compondrán el objeto. Esta no debe superar los 20 g por metro cuadrado de peso. Compuesto a modo de collage, cada pieza es unida a otra con un solapado de 2 mm, y pegados con laca a base de piroxilina. Las medidas y peso derivan de un saber hacer, en función del conocimiento aerodinámico adquirido por Guillermo Prado a lo largo de la carrera. La relación de proporciones y peso se vuelven fundamentales. Una vez establecido el pliego se estructura en base a una varilla recta, que atraviesa diagonalmente el formato, y otra arqueada entre los otros dos extremos. El arco se genera hacia una mitad del lienzo, dividiendo esta en 3/3, dejando 1/3 del arco adherido a los bordes del lienzo, y generando la curvatura del arco en el tercio central. El arco no ocupa toda esta área si no prácticamente su tangente se genera en la mitad de este tramo. Una vez conformada la estructura se establecen las amarras generadas a partir de una sola hebra de largo continuo, con una extensión de aproximadamente 3 veces la diagonal del lienzo. Es relevante no cortar dicha dicho lienzo, lo que implica fraccionar esta en base a nudos continuos. La configuración de la amarra se genera a partir de un triángulo isósceles entre los dos bordes laterales y la cola del volantín. Los tirantes se extienden dejando caer el volantín con su punta levantada aproximadamente unos 8 cm. El largo de los tirantes una vez determinado se enlaza en un nudo a 5 cm, generando un bozal para el amarre al carrete de hilo. La secuencia que expuesta habla sobre un conocimiento y aprendizaje en el modelo empírico de la ejecución, entendiendo proporciones y relaciones geométricas que juegan de acuerdo con un conocimiento aerodinámico del vuelo del volantín, y que en el tiempo ha podido ser traducido a una lógica de proporciones y relaciones anteriormente descrita. Es la experiencia, el saber hacer, y la praxis, La que se transforma una lógica de conocimiento en un saber tangible. Larga vida al volantín.

A modo de conclusión

Este trabajo nos muestra un diseño, y por tanto un objeto, pero que a diferencia de un diseño técnico, este se construye desde un saber hacer, y en esto se ve adscrito, a ser parte de una tradición o expresión viva, heredadas y transmitidas a nuestros descendientes, como una tradición oral, y su saber hacer, nos habla de saberes relativos, a técnicas vinculadas a la artesanía tradicional.

Por tanto, el conocimiento expuesto es de un gran valor frente a la creciente globalización y contribuye al diálogo de un conocimiento común entre culturas, pero con diferencias que vuelven el resultado un objeto técnico de orden específico, y promueve el respeto de modos de vida.

Para el desarrollo de este artículo fue relevante la información entregada por Boris Prado en diversas entrevistas, algunas para diversos medios de prensa, y una realizada por el presente autor.

La síntesis entregada en ellas evidencia como un resultado, un objeto físico que puede ser considerado un bien patrimonial, es resultado de un enorme conocimiento que pasa de generación en generación, y que cada portador de dicho conocimiento transmite de manera voluntaria y libre este saber hacer.

En un fragmento de la entrevista dada por Boris Prado a Claudia Araneda para el artículo de amosantiago, Prado relata una conversación con Guillermo Prado antes de su muerte: "... deseo de él antes de morir era ese, un día me dice: «oye tengo tres deseos que pedir antes de morir. Y yo le digo:» ya poh, a ver si te lo puedo conceder". Y me dice: «Mira cuando yo me muera quiero que me incineren. Lo otro, si tienes la posibilidad de seguir con esto, sigue, si no, da lo mismo, pero lo importante es que alguien de la familia siga o tenga los conocimientos para seguir. Y tercero, que todas mis herramientas pasen a ti, eso es lo que más quiero". Y así fue, lo divulgué me acuerdo al interior de la familia y se hizo tal cual. Después que mi abuelo falleció me llamaron de la Universidad donde él trabajó y empecé yo con el tema. A partir de eso, tomé la cosa más en serio y empecé a dedicarle más tiempo, de hecho, dentro de la vida laboral que llevo, yo reparto 50 y 50. Para poder desarrollar este tema que cada vez se ve más alicaído, pues el juego del volantín se ha ido transformando con el tiempo."

En el relato se nos evidencia el valor de un conocimiento ancestral, el paso del testigo de este saber hacer, y que establece la decisión de una forma de vida, asociada al valor por un oficio que tiene un objeto, el volantín, asociado a técnica en su construcción y acto de volar, y donde este acto se transfiere a quien lo eleva, en su usabilidad, pero también en el paisaje que genera, y desde este punto posee un enorme valor como objeto de arte, sea al verlo volar, como al estar expuesto.

Puedo plantear que por los argumentos que se entregan tanto en diseño, conocimiento, y acto de juego, lo que se define como el juego del Volantín Tradicional, es en realidad un volantín propio de territorio de Chile, ajustado a tradiciones, actos culturales (fondas, juegos, celebraciones, festividades) que rodeas su acto de práctica y juego, pero a su vez a un diseño altamente elaborado, desde factores de diseño aeronáutico, al simbolismo y



Boris Prado con volantines de técnica de calado, © elclar.cl

abstracción en su diseño gráfico; desde lo matérico en el diseño y conformación del lienzo de papel, y métrico en su formato, y el cuidado en sus piezas desde el tipo de madera a factores de trabajo mecánicos de esta, lo que permite plantear la definición de un Volantín, y Volantinero Chileno de técnica de calado, como definiciones a ser estudiada y debatida respecto a sus valores patrimoniales, simbólicos, técnicos y culturales. En este sentido puede ser un bien físico, que dado su conocimiento en el saber hacer, y el acto que envuelve la elevación y competencia de este, le plantea pueda ser incorporado como un Patrimonio Cultural Inmaterial. El volantinero de técnica de calado es único a nivel mundial y por tanto es un oficio que debe ser puesto en valor como un PCI.

Este texto expone el oficio y conocimiento del volantin tradicional chileno, basando en la historia y conocimiento del reconocido artesano y volantinero chileno Guillermo Prado Catalán (1910-2003) y su nieto Boris Prado. El texto surge a partir del trabajo realizado por el autor para la clase "Patrimonio Cultural Inmaterial como Herramienta de Desarrollo Territorial", enmarcado en una serie de cursos online de perfeccionamiento dictados por la Universidad Mayor en Santiago de Chile 2020. Para este se realizaron dos entrevistas a Boris Prado.

74

Colección IN SITU LXXIV

© de la foto de portada: Amo Santiago, Fotografía extraída del artículo
"Boris Prado, artesano volantinero"

© de las fotos: según se indica

© del texto: Sebastián Navarrete Michelini

© de la edición: Sebastián Navarrete Michelini y Lucas González

Santiago de Chile, Enero 2024

@coleccioninsitu - www.coleccioninsitu.com